

Alberto Martínez Márquez: otro signo, otro tema, nuevas palabras (acercamiento a su poemario *La lógica de los ardidés y otros poemas*)

Mario Antonio Rosa
Escritor y Crítico Literario

Me acerco al otro. El otro en buena frontera de traducción y andares. Me busco -con espejo de Pessoa- en las bondades, ardidés y tempestades de ese otro. Ese otro tiene que ir sin comillas, franco, primario, sustancial. Existe, entonces, la poesía sin ningún tipo de máscara; la poesía sin ningún tipo de intérprete o decodificador: solo el poeta, máximo, expreso. Con él, nuevos velos piden descorrerse -ese apetito por Isis al cual se prohíbe renunciar- y la poesía trae enunciados, mensajes y submensajes, agonía y éxtasis, contemplación, provocación, o qué mejor -al modo de Cernuda- un océano no mar, invertido solo a rasgos de legítima expresión.

Me sucede así con *La lógica de los ardidés y otros poemas* de Alberto Martínez Márquez. Este buenísimo libro carga con el Premio Nacional de Poesía 2017 del Pen Club de Puerto Rico; pero existe otro atributo que llevaba un tiempo por desmenuzar echado a la metáfora del deshojar un árbol de filosofía o de contemplar esos jardines insospechados de la letra en su acción, expiación, comienzo o final para recomenzar; y todo se hace un solsticio personal y liberado. Me refiero a que este libro resalta la brevedad como pórtico de aviso, sagacidad, artículo deslumbrante, ente de paso que va con su identidad de ironía, también salutación y despedida a lo que no debe ser; y ese es Alberto, poeta total, que, de su totalidad, la poesía rompe orden y

forma, y se bifurca gustosa en un lenguaje exacto y, en ese gusto, dimensional. Los ardidés funden su cuerpo lógico y le dan nombre, de entrada y de salida; un punto sin retorno habiendo dicho ya un mundo de otros mundos, sin otra intención que una palabra rendida a ella misma, con mensaje, vivacidad y un propósito: “descubro / una conflagración / de signos revocados / en la carne asesina del espejo” (*Punto de no retorno*).

¿Acaso no es la finalidad del poeta? ¿Acaso no es la diatriba breve y profundísima que el ser nos invoca hasta un más allá que no tenemos? Admirable brevedad de lo indefinido, el espejo es carne; es humano; es responsable de su trance abierto hacia el poeta; y el poeta decide transitarlo incomparable. Pero -y debe decirse- tiene que “llevar de infinitos la memoria”, según Borges. Eso es el poema: constata todos sus seres vivos y nos encuentra.

El libro ya viene articulado en refrescantes hemisferios de diversidad que remiten a destinatarios irrenunciables: William Carlos Williams, Wladyslaw Spillman, Mario Cancel, José Escoda, Alfonso Fontán Nieves, Cesare Pavese, Paul Klee, George Trakl, Jorge David Capiello, Jorge Piña, y así van otros en ese otro que demarca un encuentro genuino en la palabra. La acción del epigrama, “brevitas et argucia”, tan rota al desnudo por Catulo,

Marco Valerio Marcial, tal vez Maleagro en su Corona o Guirnalda a Arquíloco; siempre ha recogido en su explosiva brevedad su universo en cauce. Ese gran decir de lo poco, para un punto de gravedad y continuidad nos empuja al asombro; arte y oficio en sus contraseñas al cuerpo del poema destaca el atributo del poeta de asignar, en brevedad, el punto suspensivo de la memoria. Por eso este libro dice del ardid y su curso en la existencia; trata de la existencia misma, con pares y nones, bajorrelieves, altiplanos, líneas de consenso, rebeldía y causa; he aquí que el poeta diagrama su luz de búsqueda, la instala entre la verdad y lo incierto y camina. Siete secciones al son de poesía reunida marcan un libro pleno y mensajero hacia un todo donde nos congregamos, sin abrir los labios.

Deseo detenerme un momento en las “Apodícticas”, que cierran este libro y que, en la lógica aristotélica, nos hablan de lo rotundamente válido bajo un sí o un no. Pues bien, miremos la que abre esta sección, la “Apodíctica I” donde la vida, en pocas palabras, es lo que define lo humano: “la / vida / es/ una / larga / sucesión / de / confusiones / que / terminan / en / mí”.

La vida es confusa -riega los jardines del signo dudoso- parece decirnos el poeta; aunque, tras bambalinas, Edith Piaf nos cante en silencio que es rosa con algo de nostalgia en el espejo. Brillante epigrama que define los días de la cotidianidad, los de la otredad, y también los indefinibles. Y es que estas

apodícticas son una cruzada de ingenio y luminosidad propia. Otros poemas destacables son “Siete visitas a los clásicos españoles”, escrito en clave quevediana; y “Plenitud del vacío”, sarcástico y poético que, a manera de un dardo, se lanza en un juego de contrariedades y de ecos.

Más allá de entrar en una u otra sección de este libro, basta con decir que las mismas están compuestas por poesía buena que nos llama, que nos convoca a leerlas. Sin embargo, cierro con un poema que, según mi parecer, obra como brújula en el libro. Me refiero al poema “El otro del otro”, contenido en la segunda sección del libro al que Martínez Márquez tituló, con matizada astucia, “Para una cartografía del prójimo que no soy” para dar cuenta de ese otro sin comillas que da una vuelta y llega siempre al oleaje de este libro. Dice: “el rostro del otro del otro / es una hoja blanca de papel / que sueña el rostro vacío / del otro que ronda en los otros infinitos”.

Nos queda degustar un libro que nos habla de la vida y su existencia entre los hombres, de los héroes personales, del amor, la disyuntiva, la duda, y el embeleso de lo creado.

Y nos queda, claro está, Alberto Martínez Márquez como una de las voces más auténticas en nuestra literatura. En esa coordenada, el ardid, el axioma, la verdad del otro entre los otros, es más que luminosa. Es acto de poesía.